

Entre el Ixcán y Las Cañadas. Guerrilleros guatemaltecos y mexicanos en la región fronteriza del estado de Chiapas¹

Gabriela Vázquez Olivera

Mario Vázquez Olivera

Resumen

Durante los largos años de la guerra civil guatemalteca, guerrilleros del vecino país centroamericano utilizaron el estado de Chiapas como plataforma operativa. En particular desde principios de los años ochentas, tras haber sido derrotados por el ejército gubernamental en el centro del país, la frontera chiapaneca se convirtió en su retaguardia estratégica. Ello hubiera sido imposible sin la complicidad o tolerancia del gobierno mexicano. Durante ese mismo periodo los guerrilleros mexicanos que fundaron el EZLN desarrollaron un trabajo clandestino de penetración y organización en zonas aledañas a la frontera con Guatemala. En este trabajo se examinan estas circunstancias y se plantea la hipótesis de que la prolongada presencia de refugiados y combatientes guatemaltecos contribuyó a generar condiciones favorables para la formación de bases de apoyo del EZLN en dicha zona.

Abstract

During the long years of the Guatemalan civil war guerrillas of the neighboring Central American country used the state of Chiapas in México as an operative platform. In particular, from principles of the eighty years, after have been defeated by the governmental army in the heartland, the Mexican frontier was converted in their strategic rear. This might have been impossible without the complicity or tolerance of the Mexican government. During that same periodo the Mexican guerrillas that established the National Liberation Zapatista Army (EZLN) developed a clandestine breakthrough work and organization in bordering zones to the frontier with Guatemala. In this work are examined these circumstances and is outlined the hypothesis of the fact that the extended presence of refugees and Guatemalan soldiers contributed to generate favorable conditions for the bases training of support of the EZLN in such zone.

Desde principios de los años setentas las guerrillas de Guatemala utilizaron el estado de Chiapas, México como ruta de abastecimiento y plataforma de penetración en el vecino país centroamericano. Esta presencia, que en un principio fue discreta y de menor importancia, se incrementó notablemente durante la década de los ochentas, incidiendo en la dinámica política y social de la región fronteriza de aquella entidad del sureste mexicano. De manera paralela, mientras que los grupos insurgentes guatemaltecos incrementaban su actividad y su pre-

¹ Este trabajo fue presentado como ponencia en el Foro "La guerrilla en las regiones de México, siglo XX", organizado por la doctora Verónica Oikión en El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, en el año 2002.

sencia en Chiapas, guerrilleros mexicanos de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) desarrollaron una exitosa labor clandestina de inserción en diversas regiones del estado, incluyendo la Selva Lacandona. Así, durante los años de organización en secreto del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y hasta la firma del Acuerdo de Oslo que consagró el fin de la guerra en Guatemala, en diciembre de 1996, guerrilleros mexicanos y guatemaltecos compartieron en cierta medida un mismo espacio operativo.

En el marco de una investigación más amplia acerca de la historia de la Frontera Sur de México en la que estamos trabajando, y aprovechando el acceso circunstancial a testimonios de excombatientes y refugiados guatemaltecos, nos hemos propuesto examinar este fenómeno. Nuestro interés fundamental es desentrañar la importancia del mismo en la conformación actual de esta región fronteriza. Nos preguntamos por el papel que jugó dicha zona en el esquema estratégico de la guerrilla guatemalteca durante los años ochentas. ¿Qué impacto tuvo en lo social y lo político la prolongada presencia de refugiados y combatientes guatemaltecos en la frontera chiapaneca? ¿Cómo operaban éstos últimos? ¿Cómo interactuaban con los pobladores mexicanos? ¿Cuál fue su relación con el futuro EZLN? ¿Cuál fue la actitud del gobierno mexicano ante su presencia en la región?

Sabemos de antemano que por la naturaleza misma del fenómeno muy difícilmente encontraremos respuestas precisas a todas estas interrogantes. Se trata, desde luego, de una "historia secreta", que es en general la historia de cómo la actividad de la insurgencia en las distintas regiones del país ha contribuido a modelar el México de hoy. Lamentablemente, los registros documentales que permitirían dar cuenta cabal de lo acontecido permanecen ocultos. Nuestro trabajo tiene como base testimonios personales que sólo a costa de mucho insistir hemos podido recabar. Por lo pronto queremos compartir con el lector las premisas iniciales de la investigación y someter a discusión algunos hallazgos.

El inicio de una nueva etapa

Hacia finales de los años sesentas, tras haber sido derrotados en su país, distintos núcleos de guerrilleros guatemaltecos se reagruparon en México. Las actividades clandestinas que realizaron aquí, enfocadas sobre todo al acopio de recursos económicos, siguen siendo un secreto celosamente guardado. En cambio, son públicamente conocidos los esfuerzos que realizaron en nuestro país en aras de reorganizar la lucha armada en Guatemala.

En función de tal objetivo, a mediados de 1971, antiguos miembros de la guerrilla "Edgar Ibarra" se instalaron clandestinamente en las orillas del Ixcán donde este río penetra territorio mexicano, cerca del lugar donde dos años antes había sido ejecutado el comandante Marco Antonio Yon Sosa por soldados mexicanos. El 19 de enero de 1972, ese grupo precursor del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) penetró en Guatemala desde la Selva Lacandona. Lejos de ser una acción silenciosa, dicha incursión fue anunciada abiertamente como el inicio de una nueva etapa en la lucha revolucionaria. Los mismos protagonistas de

aquel episodio no tardaron en revelar que la preparación de esa nueva guerrilla había tenido como base el territorio mexicano.²

Durante los siguientes años el EGP engrosó sus filas y realizó una extensa labor de organización política en las selvas del Ixcán, las montañas de El Quiché y la ciudad de Guatemala. Fue también en esa época cuando reiniciaron su trabajo clandestino las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en el departamento de El Petén y en la capital del país, y cuando surgió la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA) en los departamentos del occidente. Aunque son menos conocidos que el caso del EGP, la reorganización de las FAR y el surgimiento de ORPA también tuvieron como base el territorio mexicano y la colaboración de individuos y organizaciones políticas (y político-militares) de nuestro país.

En los años setentas la presencia de guerrilleros guatemaltecos en México fue poco notoria. A pesar que las zonas de influencia de aquellas tres organizaciones rebeldes colindaban con México, el territorio fronterizo fue utilizado de manera limitada para traslados de personal, aprovisionamiento en pequeña escala, contactos operativos y refugio ocasional de dirigentes y militantes. En ese entonces, el objetivo principal de la guerrilla era consolidar sus bases de apoyo y sus fuerzas militares lo más adentro posible del territorio guatemalteco. De hecho, tanto sus mandos estratégicos como el grueso de la actividad logística y la infraestructura de retaguardia se concentraron en la ciudad capital. Para finales de la década las organizaciones revolucionarias habían logrado una influencia significativa entre campesinos y jornaleros, sindicatos, asociaciones estudiantiles y organizaciones populares; asimismo, su actividad militar abarcaba amplias zonas del interior. En la ciudad de Guatemala se fortaleció la estructura clandestina, se incrementó el accionar guerrillero y la infraestructura de retaguardia creció notablemente.

Tras el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua, en julio de 1979, se produjo un importante incremento en la movilización popular y el accionar guerrillero en El Salvador y Guatemala. Como parte de un plan concertado a nivel regional y confiando en el respaldo logístico de Cuba y Nicaragua, las organizaciones guerrilleras de aquellos países apresuraron el trabajo organizativo, la instrucción militar y el equipamiento de sus combatientes. Durante 1980 el EGP intensificó las actividades para fortalecer el frente de Huehuetenango; asimismo creó una pequeña infraestructura de retaguardia en territorio chiapaneco a fin de garantizar el abastecimiento y la comunicación con otros frentes de guerra. La actividad logística de la guerrilla guatemalteca en Chiapas siguió siendo poco notoria, pero a partir de entonces se hizo permanente.

² En su libro *Los días de la selva* (1980), Mario Payeras, uno de los integrantes del grupo guerrillero que penetró a territorio guatemalteco desde la Selva Lacandona en 1972, relata brevemente cómo se hicieron en territorio mexicano los preparativos de la incursión y hace un recuento de las principales experiencias vividas por el núcleo fundador del EGP en la selva del Ixcán y en las montañas de El Quiché durante la llamada "fase de implantación de la guerra de guerrillas" (1972-1976). Otro relato de aquella experiencia puede encontrarse en el libro de Julio César Macías (César Montes) (1999).

En enero de 1981 el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador emprendió su malograda "Ofensiva Final". Entre tanto, en Guatemala, el ataque al cuartel de Cuarto Pueblo, situado en el Ixcán, muy cerca de la línea fronteriza, señaló el inicio de un intenso accionar en todos los frentes. En respuesta, el gobierno lanzó una aplastante ofensiva que en unos cuantos meses destruyó casi por completo las fuerzas militares y las estructuras de retaguardia de la guerrilla en la capital guatemalteca.³ El frente urbano fue evacuado apresuradamente. La mayoría de sus militantes y combatientes, así como los recursos que lograron salvarse, fueron trasladados a las áreas rurales bajo control insurgente en la zona central. Poco después el accionar contrainsurgente se volcó sobre el campo. Fue entonces cuando el ejército guatemalteco emprendió su salvaje campaña de "tierra arrasada", dirigida contra la población campesina sospechosa de respaldar a las organizaciones revolucionarias.

La ofensiva se inició en el Altiplano Central al finalizar 1981 y fue avanzando como una avalancha hacia el norte y occidente del país, dejando a su paso innumerables víctimas y centenares de poblados destruidos y provocando además la huida de miles de campesinos indígenas. Tras el golpe de Estado que llevó al poder al general Efraín Ríos Montt, en marzo de 1982, esta campaña se vio recrudecida. El terror se impuso también en la capital y la Costa Sur, frustrando los intentos de la guerrilla por rehacer sus fuerzas.⁴ Los combatientes que sobrevivieron fueron evacuados a México y Nicaragua. Mientras tanto, las unidades que operaban en los frentes rurales buscaron cobijo en las cumbres de Los Cuchumatanes y la Sierra Madre, así como en las zonas selváticas del Ixcán y El Petén.

En cuanto a la población civil, la gran mayoría fue concentrada por el ejército en las llamadas "aldeas modelo" y obligada a enrolarse en las Patrullas de Autodefensa Civil. De aquellos que lograron huir, sólo unos pocos permanecieron en territorio guatemalteco, en la espesura de la selva, cerca de la línea fronteriza, y formaron las llamadas Comunidades de Población en Resistencia (CPR) y, bajo la protección de la guerrilla, sobrevivieron en medio de grandes penurias. Otros muchos, decenas de miles, buscaron protección en países vecinos, México en particular, en un éxodo que se prolongó por más de dos años.

Es difícil ofrecer una cifra exacta de los guatemaltecos que entre 1982 y 1984 se refugiaron en México. Según los reportes del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y de la Comisión Mexicana de Atención a Refugiados (COMAR) llegaron a sumar alrededor de 46 mil, repartidos en más de cien campamentos desde Campeche hasta El Soconusco. A esta cifra habría que añadir varios miles más que se instalaron por su cuenta en ranchos, ejidos y

³ Una impactante reconstrucción de la ofensiva antiguerrillera en la ciudad de Guatemala en 1981. El único recuento de aquellos hechos que se conoce hasta ahora fue escrito en 1983 por Mario Payeras, miembro de la dirección del EGP, y publicado en 1996 con el título *El trueno en la ciudad*.

⁴ El libro de Carlos Figueroa Ibarra (1999), *Los que nunca estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*, es un valioso aporte para la investigación sobre la violencia política en Guatemala y, sobre todo, para la lucha contra el olvido.

poblaciones de los estados fronterizos, y que no fueron registrados por las instancias oficiales (Cfr. De Vos, 2002).

Muchos de estos refugiados se establecieron inicialmente en la franja fronteriza de Marqués de Comillas. Ésta había sido la última subregión de la Selva Lacandona en ser colonizada y en consecuencia los guatemaltecos que llegaron entonces sobrepasaron en número a los habitantes mexicanos. Los recién llegados asentaron sus campamentos en puntos cercanos a la línea divisoria. Posteriormente se internaron un poco más en suelo mexicano por temor a las incursiones de los temidos kaibiles, que en varias ocasiones penetraron en territorio mexicano buscando guerrilleros.⁵ Esas violaciones al territorio nacional, que llegaron a provocar airados reclamos de funcionarios mexicanos, se debían a que cerca de esa zona, pero del lado guatemalteco, el EGP estaba reconcentrando una parte de sus fuerzas.

El gobierno mexicano no vio con buenos ojos la ubicación de campamentos de refugiados prácticamente sobre la línea fronteriza, ni que la zona se convirtiera en escenario de conflicto entre las fuerzas guerrilleras y el ejército guatemalteco. Cabe recordar que en el Marqués de Comillas se encuentra buena parte de los pozos petroleros explorados por Petróleos Mexicanos (PEMEX) en la Selva Lacandona. En consecuencia, las autoridades mexicanas dispusieron el traslado de los refugiados establecidos en esa región a los estados de Campeche y Quintana Roo. Esta reubicación se efectuó en muchos casos de manera forzada, con la intervención del ejército y la marina mexicanos, y con la anuencia y apoyo de organismos internacionales. Sin embargo, pese a que el grueso de los refugiados de Marqués de Comillas fue finalmente evacuado, de acuerdo con cifras oficiales cerca de 23 mil guatemaltecos permanecieron en Chiapas, en campamentos ubicados en los municipios fronterizos de Las Margaritas, Independencia y La Trinitaria.

Un "secreto" compartido

El abrupto arribo de refugiados guatemaltecos transformó por completo la frontera chiapaneca. El asentamiento de miles de personas en territorios hasta entonces poco poblados y escasamente comunicados obligó a una súbita reorganización económica y social, enfrentando a la población mexicana de la zona a situaciones hasta entonces desconocidas. Entre otras cosas, junto con los refugiados guatemaltecos arribaron también funcionarios y organismos del gobierno, organizaciones no gubernamentales (ONG's) y agencias internacionales y, además, se incrementó la presencia del Ejército Mexicano.

Las características generales y las consecuencias inmediatas de este fenómeno han sido examinadas de manera acuciosa por diversos autores. Sin embargo, para reconstruir la historia política y social de dicha región en las décadas recientes es necesario, además de considerar el impacto que tuvo el refugio guatemalteco, incluir a dos actores fundamentales de los que poco se habla: la guerrilla

⁵ Los kaibiles son tropas de elite del ejército guatemalteco especializadas en lucha contrainsurgente y tácticas de terror contra la población civil (Cfr. Hernández Castillo y otros, 1993).

guatemalteca, que convirtió parte de ese territorio en su retaguardia estratégica, y las Fuerzas de Liberación Nacional que iniciaron su trabajo clandestino en "algún lugar de la Selva Lacandona" en noviembre de 1983, dando origen al Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

En efecto, después de los golpes recibidos, de la destrucción del frente urbano y con él de lo que durante tantos años fue su retaguardia, las fuerzas del EGP se concentraron nuevamente, como en los primeros días, en las montañas de El Quiché y la selva del Ixcán. A partir de entonces, y aprovechando la presencia de los campamentos de refugiados en la zona, toda la franja sur de la Selva Lacandona, entre los Lagos de Montebello y el Vértice de Santiago, fue convertida en su retaguardia estratégica. Gracias a ello dicha organización logró sobrevivir políticamente, pudo mantener en pie de lucha sus unidades militares y reemprender su trabajo político en el interior de Guatemala.

De acuerdo con información proporcionada por excombatientes guatemaltecos que prefieren guardar el anonimato, el EGP instaló en territorio mexicano campamentos móviles que sirvieron como hospitales, escuelas y puntos de concentración y recepción de abasto. La compra de los recursos necesarios para el sostenimiento de cientos de militantes se hacía en lo fundamental en pueblos y ciudades cercanos y era trasladada de noche hasta los campamentos guerrilleros ubicados a ambos lados de la línea fronteriza. También por allí se realizaba el trasiego de pertrechos militares. Paradójicamente, la carretera que va de Comitán a los Lagos de Montebello y avanza rumbo al este de manera paralela a la línea fronteriza, y que fuera concebida en los años setentas cuando se inició su construcción como una ruta "antiguerrillera", fue utilizada constantemente por los combatientes guatemaltecos y sus colaboradores.⁶

Por más de diez años fue frecuente la presencia y movilización de la guerrilla guatemalteca en aquella región selvática, donde la línea fronteriza, que en los mapas aparece perfectamente trazada, en el terreno se vuelve casi inexistente. Del mismo modo, las ciudades de Comitán y San Cristóbal de las Casas se convirtieron en importantes puntos de abastecimiento, así como centros de planeación y coordinación operativa, puntos de encuentro y de tránsito permanente de las distintas organizaciones armadas guatemaltecas.

Para la construcción y funcionamiento de esta retaguardia, los guerrilleros guatemaltecos contaron con el respaldo activo de buena parte de la población refugiada en los campamentos en México, la cual, junto con las Comunidades de Población en Resistencia, constituyeron a partir de entonces su principal base social de apoyo. Asimismo, contaron con cierta complicidad o tolerancia y, en ocasiones tam-

⁶ La construcción de la llamada carretera Fronteriza del Sur se inició en la década de los setentas en su tramo Comitán-Lagos de Montebello, pero fue suspendida al acercarse al río Jataté. Su construcción se reinició en 1982-1983, esta vez avanzando lentamente desde Palenque hacia la zona de Marqués de Comillas, donde en 1987 fueron localizados yacimientos petroleros. Su construcción se aceleró notablemente después del levantamiento zapatista de 1994, uniendo a las ciudades de Palenque y Comitán con un camino de 447 kilómetros de largo que sigue de cerca gran parte de la frontera con Guatemala (Cfr. De Vos, 2002).

bién, con la ayuda directa de pobladores mexicanos de la región fronteriza. Cabe agregar que la solidaridad con la lucha del pueblo guatemalteco llevó a numerosos campesinos, trabajadores y profesionistas tanto de Chiapas como de otros lugares de México a colaborar sistemáticamente con las organizaciones armadas guatemaltecas; gracias a ello éstas pudieron atender a sus enfermos y heridos, mantener la comunicación entre sus distintos frentes y zonas de operación, resguardar a combatientes y militantes y abastecer a sus unidades en el interior de Guatemala.

En sus testimonios, excombatientes y refugiados afirman que todos esos movimientos se llevaban a cabo guardando "estrictas medidas de seguridad": se realizaban "exploraciones previas", "caminatas nocturnas", transitaban por "picas" y no por caminos conocidos, se guardaba "silencio en la marcha", etcétera. Asimismo mencionan que la ubicación de sus campamentos y las casas de colaboradores estaba "altamente compartimentada", y los locales y otros recursos que tenían en territorio mexicano se mantenían cuidadosamente encubiertos.

Sin embargo, cabe suponer que la presencia y la actividad de guerrilleros guatemaltecos en Chiapas era en realidad un "secreto" compartido por muchísimas personas. Por lo mismo llama la atención que las autoridades estatales y federales no realizaran ningún esfuerzo significativo por evitarlas. Ciertamente, la información que hemos recabado hasta ahora confirma que los guerrilleros guatemaltecos siempre pudieron "sacarle la vuelta" al ejército mexicano y, salvo algunos "encuentros casuales" con la Policía Federal de Caminos, o ciertos "inconvenientes con Migración", e incidentes aislados que implicaron la detención momentánea de militantes y colaboradores, puede asegurarse que ninguna de las instancias encargadas de la seguridad nacional actuó de manera consistente para impedir la construcción y funcionamiento de la retaguardia guerrillera, aunque seguramente las autoridades mexicanas estaban al tanto del uso que hacían los guerrilleros guatemaltecos del territorio fronterizo.

¿Cómo explicar esta actitud permisiva del gobierno mexicano, que en sí misma implicaba una contribución estratégica para la causa de la insurgencia guatemalteca?

Lejos de constituir una omisión o una laguna en materia de seguridad nacional por parte de nuestras autoridades, parece obvio que dicha tolerancia fue producto de una decisión asumida en las más altas instancias gubernamentales; como tal, debemos considerar este factor un elemento integral del diseño político del gobierno mexicano para enfrentar la crisis de la región centroamericana durante los años ochentas.

Desconocemos si fueron establecidos convenios formales en este sentido entre el gobierno mexicano y los guerrilleros guatemaltecos. No cabe duda, sin embargo, de que al menos a partir de 1983 existían ciertos acuerdos al respecto. Cabe señalar que la tolerancia demostrada por el gobierno mexicano a partir de entonces contrasta con la actitud asumida en años anteriores en que se habían registrado episodios ocasionales de acoso y persecución contra los insurgentes chapines. El más sonado fue el asesinato a sangre fría del comandante Marco Antonio Yon Sosa y del dirigente Socorro Sical a finales de los sesentas. Otros casos menos conocidos son el secuestro, la tortura y expulsión del país de militantes guatemaltecos y colaboradores

mexicanos, resultado de sendas redadas que encabezaron de manera personal Miguel Nassar Haro y Fernando Gutiérrez Barrios en 1976 y 1981.⁷

La interrogante que plantea la tolerancia del gobierno mexicano a la actividad de las guerrillas guatemaltecas en la Frontera Sur desde principios de los años ochentas, se torna aún más compleja si consideramos que durante ese mismo periodo otra organización político-militar, en este caso mexicana, iniciaba su trabajo de penetración en el estado de Chiapas.

Un espacio que permanece abierto

La historia reporta que años atrás se habían realizado otros intentos de asentamiento guerrillero en la Selva Lacandona. En 1969, un grupo encabezado por Mario Menéndez escogió dicha zona para fundar el Ejército Insurgente Mexicano; también las Fuerzas de Liberación Nacional intentaron asentarse en el área a principios de los setentas. Ambos esfuerzos fueron truncados por las fuerzas de seguridad y el ejército mexicano. De este modo, tras aquella primera estancia del EGP guatemalteco en la Selva Lacandona en 1971-1972, y del golpe sufrido por las "Fuerzas" en el rancho "El Diamante" en 1974, al parecer no hubo presencia guerrillera en dicha región durante casi diez años.

Al finalizar 1983 llegó nuevamente a la Lacandona un pequeño núcleo de las Fuerzas de Liberación Nacional, esta vez apoyado por algunos jóvenes indígenas chiapanecos reclutados unos años antes y que emprendió un silencioso trabajo de penetración y organización que no tardó mucho en rendir frutos. Las ideas revolucionarias que habían sido condensadas en los "Estatutos" de las FLN en 1980 y que contemplaban la futura formación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional fueron propagadas en la Selva Lacandona, primero entre amigos y parientes de los tres indígenas guerrilleros que formaban parte del núcleo inicial, después entre algunos dirigentes de las comunidades y, finalmente, entre la población en general. A mediados de 1986, tras ganarse la confianza de colonias enteras, las FLN dieron por terminada la fase de penetración e iniciaron una segunda fase de su trabajo clandestino: la preparación selectiva en las montañas.

Este paciente trabajo se realizó bajo el resguardo de los montes cercanos a las comunidades de Las Cañadas. Sitio que tal vez corresponda al mítico lugar aludido reiteradamente por el subcomandante Marcos como "algún lugar de las montañas del sureste mexicano". Desde allí "bajaban" los guerrilleros para hablar con la población y hacia allá "subían" los jóvenes que querían adiestrarse como milicianos durante aquella segunda fase de preparación. La tercera etapa incluyó la instrucción político-militar en las comunidades mismas, la formación del Comité Clandestino Revolucionario Indígena y de las "fuerzas regulares" del Ejército Zapatista que en 1988 realizó en la clandestinidad su primera presentación "formal" (De Vos, 2002).

⁷ Un testimonio de la redada de 1976 puede leerse en Aura Marina Arriola (2000:97 y 98); también Cfr. Mario Payeras (1996).

Aunque al parecer durante todos esos años, y aún después, no existieron vínculos formales entre las FLN y la insurgencia guatemalteca, según revelan testimonios que hemos recabado, en algunas ocasiones llegaron a producirse encuentros casuales entre combatientes de ambas fuerzas que realizaban patrullajes en la selva, del lado mexicano. Es muy probable que, además de compartir el encubrimiento de la frondosa vegetación selvática, unos y otros hayan contado con el apoyo silencioso de la población local y la solidaridad de los mismos grupos de personas, tanto en la región fronteriza como en otros pueblos y ciudades de Chiapas.

Al iniciarse la década de los noventa dio comienzo una nueva etapa política en la región centroamericana. En Nicaragua los sandinistas perdieron el poder; asimismo fueron firmados los "Acuerdos de Chapultepec", que consagraron el fin de la guerra en El Salvador y, finalmente, se iniciaron las negociaciones de paz entre las fuerzas guerrilleras y el gobierno de Guatemala. Por su parte, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional intensificó su trabajo político y militar de cara al estallido insurreccional en el estado de Chiapas. La historia de lo acontecido después de aquella madrugada del 1º de enero de 1994, en que las fuerzas del subcomandante Marcos ocuparon las ciudades de San Cristóbal, Ocosingo, Altamirano y las Margaritas, es de sobra conocida.

No obstante, lo que ocurrió durante los años ochentas en la región fronteriza de Chiapas y que se relaciona de una u otra forma con la rebelión zapatista todavía suscita muchas interrogantes.

Las más evidentes tienen que ver con la tolerancia del gobierno mexicano, o cuando menos la actitud pasiva del ejército y los distintos cuerpos de seguridad federales y estatales, ante la presencia y movilización de la guerrilla guatemalteca en dicha región, lo cual, aunado a la creciente presencia del narcotráfico, condujo a que aquel remoto rincón del territorio nacional se convirtiera de hecho en una "tierra de nadie".

Asimismo, cabe preguntarse por el paralelismo que guardan ciertas circunstancias y procesos sociales que desembocaron en la incorporación masiva de campesinos indígenas a movimientos insurreccionales. Recordemos, por ejemplo, que unos 12 mil refugiados (la cuarta parte del total) eran antiguos cooperativistas que habían participado en la colonización del Ixcán. En su más reciente libro, acertadamente titulado *Una tierra para sembrar sueños*, Jan de Vos destaca la similitud entre los procesos de colonización de la Selva Lacandona y los de su contraparte, el Ixcán guatemalteco; coincidencias que incluyen el interés de los respectivos gobiernos por poblar dichas regiones, las promesas parcialmente cumplidas de dotación de tierra y de toda clase de apoyo para los colonos; las esperanzas de una vida mejor que impulsaron a numerosos campesinos de lugares lejanos a trasladarse a tierras desconocidas, así como las penurias sufridas por los primeros colonos para crear condiciones de vida y trabajo en la selva cerrada (*Ibid*, cap. 8). Y, agregaríamos nosotros, caracterizados en común por la formación de nuevos espacios de sociabilidad campesina, pluriétnicos y susceptibles de ser influenciados por agentes políticos "externos".

Tampoco debemos obviar que la población indígena de Chiapas ha padecido

en los últimos años la violencia contrainsurgente: la acción de grupos paramilitares, masacres y hostigamiento a la población que es considerada base de apoyo del EZLN, desplazamiento forzado, etcétera, situaciones que no obstante su particularidad, y guardadas las proporciones, se asemejan claramente a la experiencia vivida por decenas de miles de indígenas guatemaltecos que encontraron refugio en territorio mexicano.

Otro elemento importante, pero al que se ha prestado poca atención, es la manera en que en el imaginario social de los campesinos indígenas del estado de Chiapas cobró fuerza la opción de la lucha armada como recurso de la acción política. Según señala Jan de Vos, dicha idea estuvo presente desde mediados de los setentas entre los campesinos de la zona norte que poblaron la Selva Lacandona y, desde luego, facilitó la formación del Ejército Zapatista. Ahora bien, vale la pena indagar en qué medida esta simpatía por la vía insurreccional se vio fortalecida por la presencia en la zona no sólo de miles de refugiados, sino también de guerrilleros guatemaltecos. En nuestra opinión la imagen de la guerrilla y de la guerra popular se difundió también con las narraciones y experiencias transmitidas en voz baja a lo largo de esos años entre los pobladores de la región (*Ibid*, cap. 9).

Finalmente, es obligado suponer que la experiencia de las organizaciones guerrilleras guatemaltecas, que al fin de cuentas encabezaron uno de los alzamientos indígenas más importantes de la historia reciente de América Latina, debió ser estudiada concienzudamente por los dirigentes del EZLN y asimilada por cuadros y militantes de base.

¿Cuáles fueron sus conclusiones al respecto? ¿Cómo aprovecharon aquella experiencia? Tal vez algún día podamos saberlo por el propio testimonio de los militantes zapatistas.

Durante más de diez años refugiados y guerrilleros guatemaltecos "ocuparon" una vasta porción de territorio selvático entre el Ixcán y Las Cañadas, de uno y otro lado de la línea fronteriza. Si bien esto fue parte de su propia experiencia de guerra revolucionaria, se trata de una historia que no solamente les pertenece a ellos; también fue compartida por muchos mexicanos y resulta importante para comprender ciertos aspectos de nuestro propio proceso político tanto a nivel regional, como también estatal e incluso nacional.

Aunque a mediados de los noventas los refugiados guatemaltecos retornaron a su país y las fuerzas militares de la insurgencia dejaron las armas, la región fronteriza no volvió a ser la misma. Aquellos que se fueron dejaron un legado. Al traspasar la frontera abrieron un espacio que en muchos sentidos aún permanece abierto.

Bibliografía

- Arriola, Aura Marina (2000), *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca*, Guatemala, Ediciones El Pensativo.
- De Vos, Jan (2002), *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la Selva Lacandona, 1950-2000*, México, CFE/CIESAS.

- Debray, Regis (1976), *Las pruebas de fuego. La crítica de las armas*, México, Siglo XXI.
- Figueroa Ibarra, Carlos (1999), *Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*, México, GAM/CIIDH.
- Hernández Castillo, Rosalva Aída (2001), *La otra frontera. Identidades múltiples en el Chiapas poscolonial*, México, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa.
- y otros (1993), *La experiencia de refugio en Chiapas. Nuevas relaciones en la frontera sur mexicana*, México, Academia Mexicana de Derechos Humanos/CIESAS/OXFAM.
- Macías, Julio César (1999), *Mi camino: la guerrilla*, México, Editorial Planeta.
- Payeras, Mario (1996), *El trueno en la ciudad*, México, Juan Pablos Editor.
- (1980), *Los días de la selva*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas.
- Tello Díaz, Carlos (2000), *La rebelión de Las Cañadas. Origen y ascenso del EZLN*, México, Ediciones Cal y Arena.